

descienden de la esplanada del antiguo templo de Salomón, ocupada hoy por la mezquita de Omar, y asegurando otros que su nacimiento está en la piscina de Siloé. Ninguna de estas dos opiniones es fundada, pues está probado que las aguas de esta fuente nacen debajo de la última grada de la segunda escalera. En tiempos antiguos desembocaban directamente en el torrente Cedrón; pero en la actualidad las aguas de la fuente de Siloé, que son intermitentes y ligeramente salobres, corren por un canal ó acueducto llamado del rey Salomón, y desembocan en la piscina de Siloé.

Unos trescientos cuarenta metros más abajo de la fuente de la Virgen, junto al camino mismo, hay un antiguo estanque, donde lavan sus ropas las aldeanas de Siloé, y hacen provisión de agua los soldados de Jerusalén. Las ruinas que le rodean, indican que allí hubo en otro tiempo alguna construcción importante. Con las aguas de este estanque se riegan los raquíuticos huertecillos de Siloé, donde estuvo el llamado *Jardín del Rey*. De los alrededores de Jerusalén, este es el único rincón donde se cultivan legumbres durante todo el año. Cuatro ó cinco metros al Sudoeste de la balsa dicha, se ve el *estanque de Salomón*, tallado en parte en la roca, y transformado hoy día en huerta de verduras. Por último, ochenta y siete metros al Oeste de la misma balsa, y en el extremo Sudoeste del monte Ofel, está la *piscina de Siloé*, célebre por el milagro que allí obró Nuestro Señor Jesucristo devolviendo la vista á un ciego de nacimiento, el cual, según tradición, fué con el tiempo obispo y santo.

Dice San Juan que al pasar Jesús vió á un hombre ciego de nacimiento, y preguntáronle sus discípulos: «Maestro, ¿quién pecó, éste ó sus padres, para haber nacido ciego?» A lo cual añade que respondió Jesús: «Ni éste pecó ni sus padres; mas para que las obras de Dios se manifiesten en él, es necesario que yo obre las obras de aquél que me envió, mientras es de día: vendrá la noche cuando nadie podrá obrar. Mientras estoy en el mundo soy luz del mundo.» Y dicho esto escupió Jesús en tierra é hizo lodo con la saliva y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego, y le dijo: «Ve, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir enviado.)» Se fué y se lavó y volvió con vista.

Sobre esta piscina se construyó, en los primeros siglos del cristianismo, una iglesia dedicada al Salvador. El estanque que ocupa el centro, estaba circuido por una balaustrada, y dividido en dos partes, reservada la una para los hombres y la otra para las mujeres, á donde acudían á bañarse, como medicina de todas sus enfermedades. De esta antigua basilica, no quedan en la actualidad más que algunos trozos de

columna. La piscina está al aire libre, y tendrá unos quince metros de largo por cuatro de ancho. En el lado Norte se ve una arcada con una escalera ruinosa, por la cual se baja á una pequeña balsa donde desemboca el canal procedente de la fuente de la Virgen. Común es entre los peregrinos lavarse los ojos con las aguas de la piscina de Siloé, en memoria del milagro dicho.

Desde la piscina de Siloé, se prolonga hasta la izquierda el antiguo estanque de Salomón, y recorrida una distancia de cien metros, en el ángulo Sudoeste del dicho estanque, está el *lugar donde*, según la tradición, *fué serrado en dos partes el profeta Isaías* por orden de Manasés, y no lejos de allí está el sitio en que fué enterrado.

Unos cuatrocientos metros más allá, marchando primeramente hacia el Sud y luego hacia el Este, se deja á la derecha el valle de los hijos de Henón para llegar á dos pequeños edificios, situados á la extremidad del Jardín del Rey y terminación del valle de Josafat. El uno es un lugar de oración para los musulmanes, y el otro cubre el *pozo* llamado por los cristianos *de Nehemías*, y por los árabes *Bir-Ayub*.

Según la tradición, antes de partir para el cautiverio de Babilonia, escondieron los israelitas en este pozo, por orden del profeta Jeremías, el fuego sagrado del templo. Al regresar setenta años después, el sacerdote Nehemías mandó á los nietos de aquellos sacerdotes que ocultaron el fuego, que lo buscasen; pero no encontraron más que una agua muy espesa, con la cual hizo Nehemías que se rociasen las víctimas y la leña de los sacrificios, que estaban puestos encima. Así se hizo, y, apenas apareció el sol, ocultado hasta entonces por las nubes, se produjo instantáneamente una grande hoguera que maravilló á todos.

Tiene este pozo veinte y nueve metros de profundidad, y está revestido de gruesas piedras, que parecen antiquísimas. Se cree que no hay en su fondo ninguna fuente, y que sus aguas son producto de filtraciones. Ordinariamente hay que sacar el agua; pero en los inviernos lluviosos se llena hasta el punto de derramarse, formando un pequeño riachuelo, que corre por el torrente Cedrón. Tal abundancia de agua es indicio de la festividad del año, que los beduinos y habitantes de Siloé y de Jerusalén celebran con grandes fiestas al rededor del pozo. Con razón dice el Padre Geramb que aquella es la única época en que se ve alguna alegría en esta región de la muerte.

Retrocedamos unos pasos y dirijámoslos hacia la senda que se encuentra á mano izquierda; subamos á la altura próxima, desde la cual se domina el lado Sud del valle de los hijos de Henón, célebre en la historia porque servía de límite á las tribus de Judá y de Benjamín, y

porque los Reyes impíos de Israel levantaron en él un templo al dios Moloch, al cual adoró varias veces el pueblo sacrificándole toda clase de víctimas, incluso las humanas, especialmente niños. Más bien que valle es una profunda garganta, que se dirige del Sudeste al Noroeste, y donde vegetan bastantes olivos é higueras, y en cuyo lado Sud se encuentran multitud de sepulcros ó cuevas funerarias.

« La necrópolis del valle de Hinnom, dice M. de Saulcy, data del tiempo en que eran los jebuseos dueños del país; después de ellos, los israelitas confiaron á las mismas rocas los mortales restos de sus padres, y aquellas tumbas, que lo fueron más tarde de cristianos, han dejado de mudar de dueños y ocupantes á contar desde la caída del reino latino. Pero dentro de ellas ni á su alrededor apenas se encuentran hoy restos humanos: de la ciudad de los difuntos sólo los muertos han desaparecido, al paso que sus moradas han permanecido casi intactas. »

Esto, que era cierto hace unos treinta años, ha dejado de serlo, y no pocas de aquellas tumbas han sido arrasadas para emplear sus materiales en nuevas construcciones.

Las formas de los sepulcros del valle de Hinnom ó Henón son muy variadas y no ofrecen ningún interés desde el punto de vista arqueológico. Una puerta cuadrada, por lo común muy baja, lleva á una sala sepulcral con uno á varios nichos; en los más pásase de esta sala á otras, y al considerar el número de sepulturas que encierran, es evidente que han de ser tenidos por panteones de familia. En varios de ellos habitaron, llegada que fué la época cristiana hasta el siglo IV, piadosos y santos anacoretas.

En algunas de estas sepulturas se encuentran inscripciones griegas poco importantes, que han sido fielmente traducidas por el repetido M. de Saulcy.

Uno de los más notables sepulcros que contiene el valle de los hijos de Henón, dista como doscientos pasos de la boca de entrada; una vez allí, sin cambiar de dirección, se sube por una escalera irregular, tallada en la roca viva; ya en el alto, se tuerce á la izquierda, y terminada la ascensión, encuéntrase uno delante del sepulcro dicho, que lleva el nombre de Retiro de los Apóstoles, á causa de la tradición cristiana, que cree haberse refugiado en aquel subterráneo los discípulos al ser preso el Divino Maestro en el huerto de Gethsemaní. La puerta del vestíbulo que lo precede está adornada con elegante friso dórico, con racimos y flores; en las salas inmediatas se abren muchos nichos funerarios, y las paredes, lo mismo que el vestíbulo, conservan aún señales de pinturas religiosas, obras de los cenobitas que allí habitaron.

También es conocido este monumento por el nombre de Tumba del gran sacerdote Anás, debido á que cree la tradición judaica ser el sepulcro de este gran sacerdote, ante el cual se hizo comparecer á Nuestro Señor Jesucristo, recibiendo una bofetada en su presencia.

Recibió finalmente el nombre de gruta de San Onofre, porque en el siglo III de nuestra era la habitó un piadoso solitario que llevaba aquel nombre; fué convertida más tarde en capilla, de la cual se conservan aún algunas pinturas. Los griegos cismáticos celebran en ella todos los años los divinos oficios el día de la fiesta de San Onofre.

Desde el Retiro de los Apóstoles se parte en dirección al Oeste; se sube un banco de piedra sin gran dificultad, gracias á los huecos tallados en él en forma de gradas irregulares, y, al llegar á lo alto, se ve á la izquierda otra roca, la cual es preciso vencer lo mismo que la precedente, para llegar al Hacédama, palabra siriaca que quiere decir Campo de Sangre. En él existe igualmente funerario subterráneo, sobre el cual se levanta abovedado edificio de estilo romano, sostenido por un robusto pilar central; la parte inferior está labrada en la misma roca; sillares forman la superior, y en las arruinadas paredes vense varios nichos sepulcrales. Santa Elena levantó allí una iglesia, de la cual nada queda. Las ruinas que allí se ven son del monumento sepulcral, del citado monumento, que fué reparado por los latinos en la época de las Cruzadas, y en el cual los caballeros de San Juan daban sepultura á los extranjeros que fallecían en su hospital. Una tradición popular ha atribuído á aquella tierra la propiedad de consumir en veinticuatro horas los cadáveres; y á esto se debió sin duda que la madre del gran Constantino, según se cuenta, cargara en varias naves y llevara al cementerio de Roma gran cantidad de aquella tierra extraordinaria. En el año 1218 los pisanos extrajeron y se llevaron la superficie para llenar su Campo Santo. Los experimentos verificados en la época reciente para saber hasta qué punto era exacta tan singular propiedad, ha hecho conocer que si dicha tierra la tuvo en efecto algún día, en la actualidad carece de ella. Conserva, sí, la de ser muy apropiada para la fabricación de objetos de barro, y para ello es empleada. Practicando excavaciones encuéntrase allí gran cantidad de fragmentos de vidriado, ofreciendo así testimonio constante en favor del texto evangélico, que lo llama el *campo de alfarero*. Escribe San Mateo: «Entonces Judas, que le había entregado (á Jesús), cuando vió que había sido condenado, movido de arrepentimiento, volvió las treinta monedas de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos diciendo: He pecado entregando la sangre inocente.

» Mas ellos dijeron : ¿ Qué nos importa á nosotros ? viéraslo tú.

» Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró y fué y se ahorcó con un lazo.

» Y los príncipes de los sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron : No es lícito meterlas en el tesoro, porque es precio de sangre.

» Y habiendo deliberado sobre ello, compraron con ellas el campo de un alfarero, para sepultura de los extranjeros.

» Por lo cual fué llamado aquel campo Hacéldoma, esto es, campo de sangre, hasta el día de hoy.

» Entonces se cumplió lo que fué dicho por Jeremías el profeta, que dijo : y tomaron las treinta monedas de plata, precio del apreciado, al cual apreciaron de los hijos de Israel.

» Y las dieron por el campo de alfarero, así como me lo ordenó el Señor. »

Los armenios lo poseyeron hasta el año 1841.



CAPÍTULO IV

Samaria y Galilea

Fijemos por última vez los ojos en la Ciudad Santa ; y al creyente es tan difícil arrancar su corazón del huerto de Gethsemaní, el Calvario, el Santísimo Sepulcro y demás Lugares Santos que allí quedan, como imposible evitar que las lágrimas corran hilo á hilo por sus mejillas.

Mas se ha apoderado de nosotros una necesidad inmensa de obrar, de ver otros horizontes, de visitar otros Santuarios. Nazareth, Caná, Séforis, Nain, Naim, Tiberíades y el Tabor, nos solicitan con indecible violencia, y como Jesús después de su resurrección, nos lanzamos hacia los risueños países de Galilea.

Pasando por Jaffa, en donde se puede tomar el camino del mar, llégase en día y medio al pie del monte Carmelo, sombrío promontorio, coronado por un monasterio, cuya blancura contrasta con el azul del firmamento.

Al partir de Jerusalén, durante la marcha se pasa ó se divisan varios lugares, tales como Chaafat, Gabaath, ó *Tet-es-soma*, como le llaman hoy, patria de Saul, y otros. Desde este último punto admírase un magnífico panorama, á saber : el lago Asphaltites, Anathoth, patria del profeta Jeremías, el monte Olivete, Kastal, Beit-Yksa, Gabaón, Bir-Nabala, Tellel-Ful, Gabaá y otras poblaciones de más ó menos importancia. El pueblo que al pasar se ve más de cerca es Bezoth, hoy llamado El-Bireh, junto al cual, según tradición, Débora juzgaba bajo una palmera, y donde la Virgen y San José notaron, al regresar de Jerusalén, la desaparición del Divino Niño. Desde Jerusalén hasta El-Bireh parece que alcanza la maldición divina, pues todo es árido, escueto, pedregoso, así el camino como los campos y los montes. ¡ Qué contraste con las magníficas tierras de Samaria, en donde nos internamos para llegar, como lugar de descanso, á la risueña Galilea ! La Samaria nos recuerda los plácidos días de Jesús,